



Julio Verne

El Eterno Adán

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ETERNO ADÁN

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1910
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL ETERNO ADÁN

Escrita por Jules Verne en sus últimos años, inédita hasta su publicación póstuma, esta novela corta ofrece la particularidad de tender a conclusiones bastante pesimistas, contrarias al orgulloso optimismo que anima *Los viajes extraordinarios*. — M. J. V.

El zartog Sofr-Aï-Sr — es decir, «el doctor, tercer representante varón de la ciento una generación del linaje de los Sofr» — caminaba con paso lento por la calle principal de Basidra, capital del Har-Iten-Schu, es decir, «el Imperio de los Cuatro Mares». Cuatro mares, en efecto, la Tubélona o septentrional, la Ehona o austral, la Spona o oriental y la Merona u occidental, delimitaban aquel vasto país de forma muy irregular, cuyos extremos (calculados en las medidas conocidas por el lector) alcanzaban, en longitud, el cuarto grado Este y el sexagésimo segundo Oeste, y, en latitud, el quincuagésimo cuarto grado Norte y el quincuagésimo quinto Sur. En cuanto a la extensión respectiva de aquellos mares, ¿cómo evaluarla, aunque fuera de manera aproximada, puesto que todos se unían entre sí, y un navegante que partiera de cualquiera de sus orillas y avanzara siempre en línea recta llegaría necesariamente a la orilla diametralmente opuesta? Pues en toda la superficie del globo no existía otra tierra que la del Hars-Iten-Schu.

Sofr caminaba despacio, en primer lugar porque hacía mucho calor: se entraba en la estación ardiente y, sobre Basidra, situada a orillas de la Spone-Schu o mar oriental, a menos de veinte grados al Norte del Ecuador, una terrible catarata de rayos caía del sol, próximo entonces al cénit.

Pero más que el cansancio y el calor, el peso de sus pensamientos frenaba los pasos de Sofr, el sabio zartog. Mientras se enjugaba la frente con una mano distraída, rememoraba la sesión que acababa de concluir, en la que tantos oradores elocuentes, entre quienes se honraba de ser contado, habían celebrado magníficamente el ciento noventa y cinco aniversario de la fundación del Imperio.

Unos habían trazado su historia, es decir, la de la propia humanidad en su conjunto. Habían mostrado la Mahart-Iten-Schu, la Tierra de los Cuatro Mares, dividida en sus orígenes entre un número inmenso de tribus salvajes que se ignoraban unas a otras. En esas tribus se hallaban las tradiciones más antiguas. En cuanto a los hechos anteriores, nadie los conocía, y apenas si las ciencias naturales comenzaban a discernir un tenue rayo de luz en las tinieblas impenetrables del pasado. En todo caso, aquellos tiempos remotos escapaban a la crítica histórica, cuyos primeros rudimentos se componían de esas vagas nociones relativas a las antiguas tribus dispersas.

Durante más de ocho mil años, la historia, progresivamente más completa y exacta, de la Mahart-Iten-Schu no relataba sino combates y guerras, primero de individuo a individuo, luego de familia a familia, finalmente de tribu a tribu, siendo el único objetivo de cada ser vivo, de cada colectividad, grande o pequeña, a lo largo de los siglos, asegurar su supremacía sobre sus competidores, esforzándose, con fortunas diversas y a menudo contrarias, por someterlos a sus leyes.

Más acá de aquellos ocho mil años, los recuerdos de los hombres se concretaban algo más. Al comienzo del segundo de los cuatro períodos en que se dividían comúnmente los anales de la Mahart-Iten-Schu, la leyenda comenzaba a merecer con más justicia el nombre de historia. Por lo demás, historia o leyenda, la materia de los relatos apenas cambiaba: eran siempre masacres y matanzas —no ya, es cierto, de tribu a tribu, sino de pueblo a pueblo—, de modo que ese segundo período no era, en definitiva, muy diferente del primero.

E igual ocurría con el tercero, clausurado apenas doscientos años atrás, tras durar cerca de seis siglos. Aún más atroz quizá, aquel tercer período, durante el cual los hombres, agrupados en ejércitos innumerables, habían empapado la tierra de su sangre con rabia insaciable.

Algo menos de ocho siglos antes del día en que el zartog Sofr recorría la calle principal de Basidra, la humanidad se había encontrado madura para las grandes convulsiones. En ese momento, habiendo ya cumplido las armas, el fuego y la violencia una parte de su obra necesaria, y habiendo sucumbido los débiles ante los fuertes, los hombres que poblaban la Mahart-Iten-Schu formaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había atenuado las diferencias entre los vencedores y los vencidos de antaño. Fue entonces cuando una de aquellas naciones emprendió la empresa de someter a las vecinas. Situados hacia el centro de la Mahart-Iten-Schu, los AndartiHa-Sammgor, o Hombres-de-Rostro-de-Bronce, lucharon sin piedad por ampliar sus fronteras, entre las cuales se ahogaba su raza ardiente y prolífica. Uno a uno, al precio de guerras seculares, vencieron a los Andarti-Mahart-Horis, los Hombres-del-País-de-la-Nieve, que habitaban las tierras del Sur, y a los Andarti-Mitra-Psul, los Hombres-de-la-Estrella-Inmóvil, cuyo imperio se hallaba hacia el Norte y el Oeste.

Cerca de doscientos años habían transcurrido desde que la última rebelión de esos dos pueblos fue ahogada en torrentes de sangre, y la tierra había conocido al fin una era de paz. Era el cuarto período de la historia. Con un solo imperio en lugar de las tres naciones de antaño, y todos obedeciendo la ley de Basidra, la unidad política tendía a fundir las razas. Nadie hablaba ya de los Hombres-de-Rostro-de-Bronce, de los Hombres-del-País-de-la-Nieve, de los Hombres-de-la-Estrella-Inmóvil, y la tierra no llevaba ya más que un pueblo único, los Andarti-Iten-Schu, los Hombres-de-los-Cuatro-Mares, que resumía a todos los demás en sí mismo.

Pero he aquí que, tras doscientos años de paz, parecía anunciarse un quinto período. Rumores inquietantes, venidos no se sabía de dónde, circulaban desde hacía algún tiempo. Habían surgido pensadores capaces de despertar en las almas recuerdos ancestrales que habría podido creerse abolidos. El antiguo sentimiento de raza resucitaba bajo una forma nueva, caracterizada por palabras nuevas. Se hablaba con frecuencia de «atavismo», de «afinidades», de «nacionalidades», etc., todos vocablos de creación reciente que, respondiendo a una necesidad, habían conquistado enseguida derecho de ciudadanía. Según las comunidades de origen, de aspecto físico, de tendencias morales, de intereses o simplemente de región y de clima, iban apareciendo agrupaciones que se veían crecer poco a poco y que empezaban a agitarse. ¿En qué desembocaría esa evolución naciente? ¿Iba el Imperio a

disgregarse apenas formado? ¿Iba la Mahart-Iten-Schu a dividirse, como antaño, entre un gran número de naciones, o bien, para mantener su unidad, sería necesario recurrir de nuevo a las espantosas hecatombes que, durante tantos milenios, habían convertido la tierra en un osario?...

Sofr, con un movimiento de cabeza, rechazó esos pensamientos. El futuro no lo conocía él ni nadie. ¿Para qué entristecerse de antemano por sucesos inciertos? Además, no era ese el día de meditar sobre tales hipótesis siniestras. Hoy todo era alegría, y solo debía pensarse en la augusta grandeza de Mogar-Si, duodécimo emperador del Hars-Iten-Schu, cuyo cetro conducía al universo hacia gloriosos destinos.

Por lo demás, para un zartog no faltaban razones para regocijarse. Además del historiador que había trazado los fastos de la Mahart-Iten-Schu, una pléyade de sabios había establecido, con ocasión del grandioso aniversario, el balance del saber humano en cada especialidad, señalando hasta dónde su esfuerzo secular había llevado a la humanidad. Y si el primero había sugerido, en cierta medida, tristes reflexiones al narrar por qué lento y tortuoso camino había escapado de su bestialidad original, los demás habían dado alimento al legítimo orgullo de su auditorio.

Sí, en verdad, la comparación entre lo que era el hombre al llegar desnudo y desarmado a la tierra y lo que era hoy incitaba a la admiración. Durante siglos, pese a sus discordias y sus odios fraternos, ni un instante había interrumpido la lucha contra la naturaleza, aumentando sin cesar la amplitud de su victoria. Lenta al principio, su marcha triunfal se había acelerado asombrosamente en los últimos doscientos años; la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal que de ella había resultado provocaron un maravilloso impulso de la ciencia. La humanidad había vivido por el cerebro, y no solo por los miembros; había reflexionado, en lugar de agotarse en guerras insensatas, y por eso, en el transcurso de los dos últimos siglos, había avanzado a paso siempre más rápido hacia el conocimiento y la domesticación de la materia...

A grandes rasgos, Sofr, mientras seguía bajo el ardiente sol la larga calle de Basidra, esbozaba en su mente el cuadro de las conquistas del hombre.

Este había imaginado en primer lugar —eso se perdía en la noche de los tiempos— la escritura, para fijar el pensamiento; luego —el invento se remontaba a más de quinientos años— había encontrado el modo de difundir

la palabra escrita en un número infinito de ejemplares, valiéndose de un molde dispuesto de una vez para siempre. De ese invento derivaban en realidad todos los demás. Gracias a él los cerebros se habían puesto en marcha, la inteligencia de cada uno se había enriquecido con la del prójimo, y los descubrimientos, tanto en el orden teórico como en el práctico, se habían multiplicado prodigiosamente. Ahora ya no se los podía contar.

El hombre había penetrado en las entrañas de la tierra y extraía de ellas el carbón, generoso dispensador de calor; había liberado la fuerza latente del agua, y el vapor tiraba ya sobre cintas de hierro de pesados convoyes, o accionaba innumerables máquinas poderosas, delicadas y precisas; gracias a esas máquinas tejía las fibras vegetales y podía trabajar a su antojo los metales, el mármol y la roca. En un dominio menos concreto, o al menos de utilización menos directa e inmediata, penetraba gradualmente el misterio de los números y exploraba siempre más allá el infinito de las verdades matemáticas. Por medio de ellas, su pensamiento había recorrido el cielo. Sabía que el sol no era más que una estrella que gravitaba por el espacio según leyes rigurosas, arrastrando a los siete planetas de su séquito en su órbita encendida. Conocía el arte, tanto de combinar ciertos cuerpos brutos para formar otros nuevos que ya nada tenían en común con los primeros, como de dividir ciertos otros cuerpos en sus elementos constitutivos y primordiales. Sometía al análisis el sonido, el calor, la luz, y comenzaba a determinar su naturaleza y sus leyes. Cincuenta años atrás había aprendido a producir esa fuerza cuyas terroríficas manifestaciones son el trueno y los relámpagos, y de inmediato la había convertido en su esclava; ya ese agente misterioso transmitía el pensamiento escrito a distancias incalculables; mañana transmitiría el sonido; pasado mañana, sin duda, la luz... Sí, el hombre era grande, más grande que el inmenso universo, al que mandaría como señor en un próximo futuro...

Entonces, para poseer la verdad íntegra, quedaría por resolver este último problema: «Ese hombre, dueño del mundo, ¿quién era? ¿De dónde venía? ¿Hacia qué fines desconocidos tendía su incansable esfuerzo?»

Era precisamente ese vasto asunto el que el zartog Sofr acababa de tratar en la ceremonia de la que salía. Ciertamente no había hecho más que rozarlo, pues semejante problema era por el momento insoluble y seguramente lo seguiría siendo durante mucho tiempo aún. Sin embargo, algunas vagas luces comenzaban a alumbrar el misterio. Y de esas luces, ¿no era el zartog

Sofr quien había proyectado las más poderosas, cuando, sistematizando y codificando las pacientes observaciones de sus predecesores y sus propias anotaciones, había llegado a su ley de la evolución de la materia viva, ley universalmente admitida entonces y que ya no encontraba ni un solo detractor?

Esa teoría descansaba sobre una triple base.

Sobre la ciencia geológica, en primer lugar, que, nacida el día en que se escudriñaron las entrañas del suelo, se había perfeccionado con el desarrollo de las explotaciones mineras. La corteza del globo era tan perfectamente conocida que se osaba fijar su edad en cuatrocientos mil años, y la de la Mahart-Iten-Schu, tal como existía hoy, en veinte mil años. Antes, ese continente dormía bajo las aguas del mar, como lo atestiguaba la espesa capa de limo marino que cubría, sin interrupción alguna, las capas rocosas subyacentes. ¿Por qué mecanismo había emergido de las aguas? Sin duda a consecuencia de una contracción del globo al enfriarse. Sea como fuere en ese punto, la emersión de la Mahart-Iten-Schu debía considerarse como un hecho cierto.

Las ciencias naturales habían proporcionado a Sofr los otros dos fundamentos de su sistema, al demostrar el estrecho parentesco de las plantas entre sí y de los animales entre sí. Sofr había ido más lejos: había probado hasta la evidencia que casi todos los vegetales existentes se enlazaban con una planta marina, su antepasado, y que casi todos los animales terrestres o aéreos derivaban de animales marinos. Por una lenta pero incesante evolución, estos se habían adaptado poco a poco a condiciones de vida primero próximas, luego más alejadas de las de su vida primitiva, y, de etapa en etapa, habían dado origen a la mayor parte de las formas vivientes que poblaban la tierra y el cielo.

Desgraciadamente, esa ingeniosa teoría no era inatacable. Que los seres vivos del orden animal o vegetal procedieran de antepasados marinos parecía incontestable para casi todos, pero no para todos. Existían, en efecto, algunas plantas y algunos animales que parecía imposible vincular con formas acuáticas. Ahí estaba uno de los dos puntos débiles del sistema.

El hombre —Sofr no se lo ocultaba— era el otro punto débil. Entre el hombre y los animales no era posible establecer aproximación alguna. Cierro que las funciones y las propiedades primordiales, tales como la res-

piración, la nutrición y la motilidad, eran las mismas y se cumplían o se manifestaban de manera sensiblemente parecida, pero un abismo infranqueable subsistía entre las formas externas, el número y la disposición de los órganos. Si, mediante una cadena a la que faltaban pocos eslabones, podía vincularse la gran mayoría de los animales con antepasados surgidos del mar, semejante filiación era inadmisibile en lo concerniente al hombre. Para conservar intacta la teoría de la evolución, había pues que imaginar gratuitamente la hipótesis de un tronco común a los habitantes de las aguas y al hombre, tronco del que nada, absolutamente nada, demostraba la existencia anterior.

En algún momento, Sofr había esperado encontrar en el suelo argumentos favorables a sus preferencias. A su instancia y bajo su dirección se habían practicado excavaciones durante una larga serie de años, pero para desembocar en resultados diametralmente opuestos a los que aguardaba su promotor.

Después de atravesar una delgada película de humus formado por la descomposición de plantas y animales semejantes o análogos a los que se veían a diario, se había llegado a la espesa capa de limo, donde los vestigios del pasado habían cambiado de naturaleza. En ese limo, nada ya de la flora ni de la fauna existentes, sino un colosal cúmulo de fósiles exclusivamente marinos cuyos congéneres vivían aún, con frecuencia, en los océanos que rodeaban la Mahart-Iten-Schu.

¿Qué había que concluir, sino que los geólogos tenían razón al sostener que el continente había servido antaño de fondo a esos mismos océanos, y que Sofr tampoco estaba equivocado al afirmar el origen marino de la fauna y la flora contemporáneas? Puesto que, salvo excepciones tan raras que tenía uno derecho a considerarlas como monstruosidades, las formas acuáticas y las terrestres eran las únicas de las que se hallaba rastro, las segundas habían sido necesariamente engendradas por las primeras...

Por desgracia para la generalización del sistema, se hicieron otros hallazgos. Diseminados por todo el espesor del humus y hasta en la parte más superficial del depósito de limo, innumerables huesos humanos fueron sacados a la luz. Nada excepcional en la estructura de esos fragmentos de esqueletos, y Sofr tuvo que renunciar a pedirles los organismos intermediarios

cuya existencia habría confirmado su teoría: aquellos huesos eran huesos humanos, ni más ni menos.

Sin embargo, no tardó en constatarse una particularidad bastante notable. Hasta cierta antigüedad, que podía evaluarse groseramente en dos o tres mil años, cuanto más antiguo era el osario, más pequeños eran los cráneos descubiertos. Por el contrario, más allá de ese estadio la progresión se invertía, y desde ese punto, cuanto más se retrocedía en el pasado, mayor era la capacidad de esos cráneos y, en consecuencia, la magnitud de los cerebros que habían contenido. El máximo se encontraba precisamente entre los restos, por lo demás muy escasos, hallados en la superficie de la capa de limo. El examen concienzudo de esos venerables restos no permitía dudar de que los hombres que vivieron en aquella época lejana habían alcanzado ya entonces un desarrollo cerebral muy superior al de sus sucesores, incluidos los contemporáneos del propio zartog Sofr. Había habido, pues, durante ciento sesenta o ciento setenta siglos, una regresión manifiesta, seguida de un nuevo ascenso.

Sofr, perturbado por tan extraños hechos, llevó sus investigaciones más lejos. La capa de limo fue atravesada de parte a parte, en un espesor tal que, según los cálculos más moderados, el depósito no había tardado menos de quince o veinte mil años en formarse. Más allá, se tuvo la sorpresa de encontrar escasos restos de una antigua capa de humus y, por debajo de ese humus, la roca, de naturaleza variable según el lugar de las investigaciones. Pero lo que llevó el asombro a su colmo fue extraer algunos fragmentos de indudable origen humano arrancados a esas profundidades misteriosas. Eran partículas de huesos que habían pertenecido a hombres, y también fragmentos de armas o máquinas, trozos de cerámica, jirones de inscripciones en lengua desconocida, piedras duras finamente trabajadas, a veces esculpidas en forma de estatuas casi intactas, capiteles delicadamente labrados, etc., etc. Del conjunto de esos hallazgos se llegó lógicamente a inferir que unos cuarenta mil años atrás, es decir, veinte mil años antes del momento en que habían surgido, no se sabía de dónde ni cómo, los primeros representantes de la raza contemporánea, ya habían vivido hombres en esos mismos lugares y habían alcanzado allí un grado de civilización muy avanzado.

Tal fue, en efecto, la conclusión generalmente admitida. Sin embargo, hubo al menos un disidente.

Ese disidente no era otro que Sofr. Admitir que otros hombres, separados de sus sucesores por un abismo de veinte mil años, hubiesen poblado la tierra por primera vez era, a su juicio, pura locura. ¿De dónde habrían llegado, en ese caso, esos descendientes de antepasados desaparecidos desde hacía tanto tiempo y con los que ningún vínculo los unía? Antes que acoger una hipótesis tan absurda, valía más mantenerse a la espera. Del hecho de que esos hechos singulares no estuviesen explicados, no había que concluir que fueran inexplicables. Se los interpretaría algún día. Hasta entonces, convenía no tenerlos en cuenta y mantenerse fiel a estos principios, que satisfacen plenamente la razón pura:

La vida planetaria se divide en dos fases: antes del hombre, desde el hombre. En la primera, la tierra, en estado de perpetua transformación, es, por esa razón, inhabitable e inhabitada. En la segunda, la corteza del globo ha llegado a un grado de cohesión que permite la estabilidad. Entonces, disponiendo al fin de un sustrato sólido, aparece la vida. Empieza por las formas más simples y va siempre complicándose, para desembocar finalmente en el hombre, su expresión última y más acabada. El hombre, apenas aparecido sobre la tierra, comienza en seguida y prosigue sin pausa su ascensión. Con un paso lento pero seguro, se encamina hacia su fin, que es el conocimiento perfecto y el dominio absoluto del universo...

Arrastrado por el ardor de sus convicciones, Sofr había pasado de largo ante su casa. Dio media vuelta refunfuñando.

— ¡Vamos! — se decía —. ¿Admitir que el hombre — ¡hace cuarenta mil años! — llegó a una civilización comparable, si no superior, a la que hoy disfrutamos, y que sus conocimientos, sus conquistas, desaparecieron sin dejar el menor rastro, hasta el punto de obligar a sus descendientes a empezar la obra desde los cimientos, como si fueran los pioneros de un mundo inhabitado antes que ellos?... ¡Pero eso sería negar el futuro, proclamar que nuestro esfuerzo es vano y que todo progreso humano es tan precario e inseguro como una burbuja de espuma en la superficie de las aguas!

Sofr se detuvo ante su casa.

— ¡Upsa ni!... ¡hartchok!... (¡No, no! ¡En verdad!...) ¡Andart mir'hoc sphr!... — murmuró al empujar la puerta. (¡El hombre es el dueño de las cosas!)



Cuando el zartog hubo descansado unos instantes, almorzó con buen apetito y se tendió luego para hacer su siesta cotidiana. Pero las cuestiones que había agitado al volver a su domicilio continuaban obsesionándolo y ahuyentaban el sueño.

Por mucho que deseara establecer la irreprochable unidad de los métodos de la naturaleza, tenía demasiado espíritu crítico para desconocer cuán débil era su sistema en cuanto se abordaba el problema del origen y la formación del hombre. Forzar los hechos para hacerlos encajar con una hipótesis previa es una manera de tener razón frente a los demás, pero no de tenerla frente a uno mismo.

Si en lugar de ser un sabio, un eminentísimo zartog, Sofr hubiera pertenecido a la clase de los iletrados, habría estado menos perplejo. El pueblo, en efecto, sin perder el tiempo en hondas especulaciones, se contentaba con aceptar, con los ojos cerrados, la vieja leyenda que, desde tiempo inmemorial, se transmitía de padres a hijos. Explicando el misterio mediante otro misterio, hacía remontar el origen del hombre a la intervención de una voluntad superior. Un día, ese poder extraterreno había creado de la nada a Hedom e Hiva, el primer hombre y la primera mujer, de cuyos descendientes se había poblado la tierra. Todo se encadenaba así de manera muy sencilla...

¡Demasiado sencilla!, pensaba Sofr. Cuando uno desespera de comprender algo, es realmente demasiado fácil hacer intervenir a la divinidad: de ese modo se vuelve innecesario buscar la solución de los enigmas del universo, suprimidos los problemas en cuanto son planteados.

¡Si al menos la leyenda popular hubiera tenido la apariencia de una base sería!... Pero no descansaba sobre nada. No era más que una tradición, nacida en épocas de ignorancia y transmitida luego de edad en edad. Hasta ese nombre: «¡Hedom!...» ¡De dónde venía ese vocablo extraño, de consonancia forastera, que no parecía pertenecer a la lengua de los Andart'-Iten-Schu? Solo sobre esa pequeña dificultad filológica infinidad de sabios habían palideado sin encontrar respuesta satisfactoria... ¡Vamos! Todo eso eran pamplinas, indignas de retener la atención de un zartog...

Sofr, irritado, bajó a su jardín. También era la hora en que solía hacerlo. El sol en declive derramaba sobre la tierra un calor menos abrasador, y una brisa tibia había comenzado a soplar desde la Spone-Schu. El zartog deambuló por los senderos, a la sombra de los árboles, cuyas hojas temblorosas musitaban al viento del mar, y poco a poco sus nervios recuperaron su habitual equilibrio. Pudo sacudir sus pensamientos absorbentes, disfrutar con paz del aire libre, interesarse por los frutos, riqueza de los jardines, y por las flores, su ornamento.

El azar del paseo lo trajo de vuelta hacia su casa, y se detuvo al borde de una profunda excavación donde yacían numerosas herramientas. Allí se echarían en breve los cimientos de una nueva construcción que duplicaría la superficie de su laboratorio. Pero, siendo día de fiesta, los obreros habían abandonado su trabajo para entregarse al placer.

Sofr calculaba maquinalmente la obra ya hecha y la que quedaba por hacer, cuando, en la penumbra de la excavación, un punto brillante atrajo sus ojos. Intrigado, bajó al fondo del hoyo y rescató un objeto singular de la tierra que lo cubría en las tres cuartas partes.

De vuelta a la superficie, el zartog examinó su hallazgo. Era una especie de estuche hecho de un metal desconocido, de color gris, de textura granulosa, cuyo brillo el largo tiempo pasado en el suelo había apagado. A un tercio de su longitud, una hendidura indicaba que el estuche estaba formado por dos piezas que encajaban una en la otra: Sofr intentó abrirlo.

Al primer intento, el metal, desagregado por el tiempo, se redujo a polvo, descubriendo un segundo objeto que contenía en su interior.

La sustancia de ese objeto era tan nueva para el zartog como el metal que lo había protegido hasta entonces. Era un rollo de hojas superpuestas, plagadas de extraños signos cuya regularidad mostraba que eran caracteres de escritura, pero de una escritura desconocida, tal que Sofr no había visto nunca nada semejante, ni siquiera nada análogo.

El zartog, temblando de emoción, corrió a encerrarse en su laboratorio y, tras extender con cuidado el precioso documento, lo contempló.

Sí, era escritura, nada más seguro. Pero no lo era menos que esa escritura no se parecía en nada a ninguna de las que, desde el origen de los tiempos históricos, se habían practicado en toda la superficie de la tierra.

¿De dónde venía ese documento? ¿Qué significaba? Tales fueron las dos preguntas que se plantearon espontáneamente en el espíritu de Sofr.

Para responder a la primera era necesariamente preciso estar en condiciones de responder a la segunda. Se trataba, pues, ante todo, de leer, de traducir después —pues podía afirmarse a priori que la lengua del documento sería tan ignorada como su escritura.

¿Era eso imposible? El zartog Sofr no lo creyó así, y sin más dilación se puso a trabajar febrilmente.

Ese trabajo duró mucho, mucho tiempo, años enteros. Sofr no se cansó. Sin desanimarse, prosiguió el estudio metódico del misterioso documento, avanzando paso a paso hacia la luz. Un día llegó al fin en que poseyó la clave del indescifrable rompecabezas; un día llegó en que, con mucha vacilación y con mucho esfuerzo todavía, pudo traducirlo a la lengua de los Hombres de los Cuatro Mares.

Y cuando llegó ese día, el zartog Sofr-Ai-Sr leyó lo siguiente:

*
**

Rosario, 24 de mayo de 2...

Doy así fecha al comienzo de mi relato, aunque en realidad fue redactado en otra fecha mucho más reciente y en lugares muy diferentes. Pero en tal materia el orden es, a mi entender, imperiosamente necesario, y por eso adopto la forma de un «diario» escrito día a día.

Es, pues, el 24 de mayo cuando comienza el relato de los espantosos sucesos que aquí me propongo referir para enseñanza de quienes vendrán después de mí, si es que la humanidad aún puede contar con algún futuro.

¿En qué lengua escribiré? ¿En inglés o en español, que hablo con fluidez? ¡No! Escribiré en la lengua de mi país: en francés.

Ese día, el 24 de mayo, había reunido a algunos amigos en mi villa de Rosario.

Rosario es o, mejor dicho, era una ciudad de México, a orillas del Pacífico, un poco al sur del golfo de California. Unos diez años antes me había instalado allí para dirigir la explotación de una mina de plata de mi propiedad. Mis negocios habían prosperado asombrosamente. Era un hom-

bre rico, muy rico incluso, ¡qué bien me hace reír hoy esa palabra!, y proyectaba regresar en breve a Francia, mi patria de origen.

Mi villa, de las más lujosas, estaba situada en el punto más elevado de un vasto jardín que bajaba en pendiente hacia el mar y terminaba bruscamente en un acantilado a pico, de más de cien metros de altura. Detrás de mi villa, el terreno continuaba ascendiendo, y por carreteras en curva podía alcanzarse la cresta de unas montañas cuya altitud superaba los mil quinientos metros. Con frecuencia —era un agradable paseo— las había subido en mi automóvil, un soberbio y potente faetón de doble asiento y treinta y cinco caballos, de una de las mejores marcas francesas.

Vivía en Rosario con mi hijo Jean, un apuesto joven de veinte años, cuando, al morir unos parientes lejanos en sangre pero cercanos en afecto, acogí a su hija Hélène, que había quedado huérfana y sin fortuna. Desde entonces habían transcurrido cinco años. Mi hijo Jean tenía veinticinco; mi pupila Hélène, veinte. En el secreto de mi alma, los destinaba el uno al otro.

Nuestro servicio lo atendían un ayuda de cámara, Germain, y Modeste Simonat, un mecánico de lo más hábil, junto con dos mujeres, Edith y Mary, hijas de mi jardinero, George Raleigh, y de su esposa Anna.

Aquel día, 24 de mayo, éramos ocho sentados a mi mesa, a la luz de las lámparas alimentadas por grupos electrógenos instalados en el jardín. Además del dueño de la casa, de su hijo y de su pupila, había cinco invitados más, de los cuales tres pertenecían a la raza anglosajona y dos a la nación mexicana.

El doctor Bathurst figuraba entre los primeros, y el doctor Moreno entre los segundos. Eran dos sabios en la más amplia acepción de la palabra, lo que no les impedía estar rara vez de acuerdo. Por lo demás, buenas personas y los mejores amigos del mundo.

Los otros dos anglosajones se llamaban Williamson, propietario de una importante pesquería en Rosario, y Rowling, un audaz que había fundado en los alrededores de la ciudad un establecimiento de primeras materias donde estaba cosechando una sólida fortuna.

En cuanto al último invitado, era el señor Mendoza, presidente del tribunal de Rosario, hombre estimable, espíritu cultivado, juez íntegro.

Llegamos sin incidentales notables al final de la cena. Las palabras pronunciadas hasta entonces las he olvidado. No ocurre lo mismo con lo que se dijo al llegar los cigarros.

No porque esas palabras tuviesen por sí mismas una importancia particular, sino porque el brutal comentario que pronto debía seguir las no deja de darles cierto picante, y por eso nunca han salido de mi memoria.

Se había llegado —cómo, poco importa— a hablar de los maravillosos progresos realizados por el hombre. El doctor Bathurst dijo en un momento dado:

—Es un hecho que si Adán —naturalmente, como buen anglosajón, lo pronunciaba Edem— y Eva —pronunciaba Iva, por supuesto— volvieran a la tierra, ¡menuda sorpresa se llevarían!

Ese fue el origen de la discusión. Fervoroso darwinista, convencido partidario de la selección natural, Moreno preguntó en tono irónico a Bathurst si creía seriamente en la leyenda del Paraíso terrenal. Bathurst respondió que creía al menos en Dios, y que, estando afirmada la existencia de Adán y Eva por la Biblia, se impedía discutirla. Moreno replicó que creía en Dios al menos tanto como su contrincante, pero que el primer hombre y la primera mujer bien podían no ser más que mitos, símbolos, y que no había nada de impío, por tanto, en suponer que la Biblia hubiera querido representar así el soplo de vida introducido por la fuerza creadora en la primera célula, de la que todas las demás habían procedido después. Bathurst contraatacó que la explicación era especiosa, y que, en lo que a él concernía, estimaba más halagador ser obra directa de la divinidad que descender de ella por intermediación de primates más o menos simialescos...

Vi el momento en que la discusión iba a acalorarse, cuando de pronto cesó, habiendo hallado los dos adversarios por casualidad un terreno de entendimiento. Es así, por lo demás, como las cosas solían terminar habitualmente.

Esta vez, volviendo a su tema inicial, los dos antagonistas coincidían en admirar, cualquiera que fuese el origen de la humanidad, la alta cultura a que había llegado; enumeraban sus conquistas con orgullo. Todas desfilaron. Bathurst ensalzó la química, llevada a tal grado de perfección que tendía a desaparecer para confundirse con la física, formando las dos cien-

cias una sola, con por objeto el estudio de la inmanente energía. Moreno elogió la medicina y la cirugía, gracias a las cuales se había penetrado en la íntima naturaleza del fenómeno de la vida y cuyos prodigiosos descubrimientos permitían esperar, para un futuro próximo, la inmortalidad de los organismos animados. Tras eso, ambos se felicitaron por las cotas alcanzadas por la astronomía. ¿Acaso no se conversaba ya, en espera de las estrellas, con siete de los planetas del sistema solar?...

Fatigados por su entusiasmo, los dos apologistas tomaron un breve descanso. Los demás invitados aprovecharon para poner su palabra, y se entró en el vasto campo de las invenciones prácticas que tan profundamente habían modificado la condición de la humanidad. Se celebraron los ferrocarriles y los vapores, destinados al transporte de mercancías pesadas y voluminosas; los aeroplanos económicos utilizados por los viajeros sin prisa; los tubos neumáticos o electroiónicos que surcaban todos los continentes y todos los mares, adoptados por la gente apresurada. Se celebraron las innumerables máquinas, cada una más ingeniosa que la anterior, de las cuales una sola, en ciertas industrias, realiza el trabajo de cien hombres. Se celebraron la imprenta, la fotografía de los colores y de la luz, la del sonido, del calor y de todas las vibraciones del éter. Se celebró sobre todo la electricidad, ese agente tan flexible, tan dócil y tan perfectamente conocido en sus propiedades y en su esencia, que permite, sin el menor conductor material, ya accionar cualquier mecanismo, ya dirigir un navío marino, submarino o aéreo, ya escribirse, hablarse o verse, y eso por grande que sea la distancia.

En suma, fue un verdadero ditirambo, del que reconozco que participé. Se convino en que la humanidad había alcanzado un nivel intelectual desconocido antes de nuestra época, que autorizaba a creer en su victoria definitiva sobre la naturaleza.

—Sin embargo —dijo con su vocecita aflautada el presidente Mendoza, aprovechando el instante de silencio que siguió a esa conclusión final—, me han dejado entender que pueblos hoy desaparecidos sin dejar el menor rastro habían llegado ya a una civilización igual o análoga a la nuestra.

—¿Cuáles? —preguntó la mesa al unísono.

—Pues bien... los babilonios, por ejemplo.

Fue una explosión de hilaridad. ¡Osar comparar a los babilonios con los hombres modernos!

—Los egipcios —prosiguió don Mendoza tranquilamente.

Las risas arreciaron a su alrededor.

—También están los atlantes, que nuestra ignorancia sola convierte en legendarios —continuó el presidente—. Añadamos que infinidad de otras humanidades, anteriores a los propios atlantes, pudieron nacer, prosperar y extinguirse sin que tengamos el menor conocimiento de ello.

Como don Mendoza persistía en su paradoja, se consintió, para no herirle, en aparentar tomarlo en serio.

—Vamos, mi querido presidente —insinuó Moreno, con el tono que se cuida de adoptar para hacer entrar en razón a un niño—, no querrá usted afirmar, imagino, que alguno de esos antiguos pueblos pueda ser comparado con nosotros... En el orden moral, admito que hayan alcanzado un grado de cultura igual, pero ¡en el orden material!...

—¿Por qué no? —objetó don Mendoza.

—Porque —se apresuró a explicar Bathurst—, lo propio de nuestros inventos es que se difunden instantáneamente por toda la tierra: la desaparición de un solo pueblo, o incluso de un gran número de pueblos, dejaría, pues, intacta la suma de los progresos realizados. Para que el esfuerzo humano se perdiera, haría falta que toda la humanidad desapareciera a la vez. ¿Es eso, les pregunto, una hipótesis admisible?...

Mientras conversábamos así, los efectos y las causas continuaban engendrándose recíprocamente en el infinito del universo, y menos de un minuto después de la pregunta que acababa de formular el doctor Bathurst, su resultado total no haría más que justificar demasiado el escepticismo de Mendoza. Pero no teníamos la menor sospecha de ello, y disertábamos tranquilamente, unos recostados en el respaldo de su silla, otros con los codos sobre la mesa, todos convergiendo miradas compasivas hacia Mendoza, al que suponíamos aplastado por la réplica de Bathurst.

—En primer lugar —respondió el presidente sin inmutarse—, es de creer que la tierra tuvo antaño menos habitantes que hoy, de tal modo que un pueblo podía perfectamente poseer él solo el saber universal. Además, no

veo nada de absurdo, a priori, en admitir que toda la superficie del globo sea trastornada al mismo tiempo.

— ¡Vamos, hombre! — exclamamos todos al unísono.

Fue en ese preciso instante cuando sobrevino la catástrofe.

Todavía pronunciábamos todos juntos ese «¡Vamos, hombre!» cuando se levantó un estruendo espantoso. El suelo tembló y faltó bajo nuestros pies, la villa osciló sobre sus cimientos.

Chocando unos con otros, empujándonos, presa de un terror indescriptible, nos precipitamos al exterior.

Apenas habíamos cruzado el umbral cuando la casa se derrumbaba, de un solo bloque, sepultando bajo sus escombros al presidente Mendoza y a mi ayuda de cámara Germain, que venían los últimos. Después de algunos segundos y de un aturdimiento bien natural, nos disponíamos a socorrerles cuando vimos venir corriendo a Raleigh, mi jardinero, seguido de su mujer, desde el fondo del jardín donde habitaban.

— ¡El mar!... ¡El mar!... — gritaba a pleno pulmón.

Me di la vuelta hacia el océano y me quedé inmóvil, paralizado de estupor. No es que me diera cuenta con claridad de lo que veía, pero tuve de inmediato la noción clara de que la perspectiva habitual había cambiado. Ahora bien, ¿no bastaba eso para helar el corazón de espanto, que el aspecto de la naturaleza, de esa naturaleza que consideramos inmutable por esencia, se hubiera modificado tan extrañamente en cuestión de segundos?

Sin embargo, no tardé en recobrar la sangre fría. La verdadera superioridad del hombre no consiste en dominar, en vencer a la naturaleza; consiste, para el pensador, en comprenderla, en hacer caber el inmenso universo en el microcosmos de su cerebro; consiste, para el hombre de acción, en mantener el alma serena ante la revuelta de la materia, en decirle: «¡Destruirme, sea! Conmoverme, nunca...»

En cuanto recobré la calma, comprendí en qué se diferenciaba el panorama que tenía ante los ojos del que estaba acostumbrado a contemplar. El acantilado había desaparecido, sin más, y mi jardín se había hundido hasta el nivel del mar, cuyas olas, tras aniquilar la casa del jardinero, batían furiosas mis macizos más bajos.

Como era poco admisible que el nivel del agua hubiera subido, forzoso era que el de la tierra hubiera bajado. El descenso superaba los cien metros, ya que el acantilado tenía antes esa altura, pero debía de haberse producido con cierta suavidad, pues apenas nos habíamos apercibido de ello, lo que explicaba la calma relativa del océano.

Un breve examen me convenció de que mi hipótesis era justa y me permitió además comprobar que el descenso no había cesado. El mar seguía ganando terreno, en efecto, con una velocidad que me pareció cercana a los dos metros por segundo —unos siete u ocho kilómetros por hora—. Dada la distancia que nos separaba de las primeras olas, íbamos pues a ser engullidos en menos de tres minutos, si la velocidad de caída se mantenía uniforme.

Mi decisión fue rápida:

—¡Al coche! —exclamé.

Se me comprendió. Nos lanzamos todos hacia el garaje, y el auto fue sacado. En un abrir y cerrar de ojos se llenó el depósito de gasolina; luego nos amontonamos sin orden. Mi mecánico Simonat accionó el motor, saltó al volante, embragó y salió a la carretera a cuarta velocidad, mientras Raleigh, habiendo abierto la verja, se agarraba al automóvil al pasar y se aferraba a los muelles traseros.

¡Era hora! En el momento en que el coche alcanzaba la carretera, una ola llegó rompiendo y mojó las ruedas hasta el cubo. ¡Bah! A partir de entonces podíamos reírnos de la persecución del mar. A pesar de su excesiva carga, mi buena máquina sabría ponernos fuera de su alcance, y a menos que el descenso hacia el abismo debiera continuar indefinidamente... En definitiva, teníamos campo por delante: al menos dos horas de subida y una altitud disponible de cerca de mil quinientos metros.

Sin embargo, no tardé en reconocer que no convenía lanzar aún las campanas al vuelo. Después de que el primer impulso del vehículo nos llevara a una veintena de metros de la franja de espuma, Simonat abrió los gases al máximo en vano: esa distancia no aumentó. Sin duda, el peso de las doce personas frenaba la marcha del coche. Sea como fuere, esa marcha era exactamente igual a la del agua invasora, que permanecía invariablemente a la misma distancia.

Pronto se conoció esa inquietante situación, y todos, excepto Simonat, concentrado en dirigir su vehículo, nos volvimos hacia el camino que dejábamos atrás. Ya no se distinguía más que agua. A medida que la habíamos conquistado, la carretera desaparecía bajo el mar, que la conquistaba a su vez. Este se había calmado. A duras penas algunas rizaduras venían a morir suavemente en una playa siempre nueva. Era un lago tranquilo que crecía, crecía sin cesar, con un movimiento uniforme, y nada había de tan trágico como la persecución de esa agua en calma. En vano huíamos delante de ella; el agua subía, implacable, con nosotros...

Simonat, que mantenía los ojos fijos en la carretera, dijo al tomar una curva:

—Estamos a mitad de la pendiente. Una hora más de subida.

Nos estremecemos: ¿cómo?, en una hora íbamos a alcanzar la cima, y tendríamos que bajar, cazados, alcanzados entonces, cualquiera que fuese nuestra velocidad, por las masas líquidas que se derrumbarían en avalancha a nuestro paso...

La hora transcurrió sin que nada cambiara en nuestra situación. Ya distinguíamos el punto culminante de la costa cuando el vehículo sufrió una violenta sacudida y dio una bandazo que estuvo a punto de hacerlo añicos contra el talud de la carretera. Al mismo tiempo, una enorme ola se infló detrás de nosotros, corrió al asalto de la carretera, se curvó y rompió finalmente sobre el automóvil, que quedó rodeado de espuma... ¿Íbamos a ser engullidos?...

¡No! El agua se retiró borbotando, mientras el motor, precipitando de repente sus jadeos, aumentaba nuestra velocidad.

¿De dónde provenía ese súbito incremento de velocidad? Un grito de Anna Raleigh nos lo hizo comprender: tal como la pobre mujer acababa de constatar, su marido ya no se aferraba a los muelles. Sin duda el remolino se lo había arrancado, y por eso el vehículo aligerado subía la pendiente con más agilidad.

De repente se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Simonat—. ¿Una avería?

Incluso en esas circunstancias trágicas, el orgullo profesional no perdió sus derechos: Simonat alzó los hombros con desdén, dando a entender que la avería era desconocida para un mecánico de su calibre, y, con la mano, señaló silenciosamente la carretera. Se me explicó entonces el alto.

La carretera estaba cortada a menos de diez metros por delante de nosotros. «Cortada» es la palabra exacta: se diría seccionada a cuchillo. Más allá de una arista viva que la terminaba bruscamente, había el vacío, un abismo de tinieblas en cuyo fondo era imposible distinguir nada.

Nos dimos la vuelta, aterrados, seguros de que nuestra última hora había sonado. El océano, que nos había perseguido hasta esas alturas, iba a alcanzarnos necesariamente en cuestión de segundos...

Todos, salvo la desdichada Anna y sus hijas, que sollozaban desgarradamente, lanzamos un grito de alegre sorpresa. No, el agua no había continuado su movimiento ascensional o, más exactamente, la tierra había dejado de hundirse. Sin duda, la sacudida que acabábamos de sentir había sido la última manifestación del fenómeno. El océano se había detenido, y su nivel permanecía a casi cien metros por debajo del punto en que nos encontrábamos agrupados en torno al automóvil todavía trepidante, semejante a un animal jadeante tras una rápida carrera.

¿Lograríamos salir de ese mal paso? Solo lo sabríamos de día. Hasta entonces, había que esperar. Uno tras otro nos tendimos sobre el suelo, y creo — ¡Dios me perdone! — que me dormí...

En la noche.

Me he despertado sobresaltado por un ruido formidable. ¿Qué hora es? Lo ignoro. En todo caso, todavía estamos sumidos en las tinieblas de la noche.

El ruido sale del abismo impenetrable en que se ha desmoronado la carretera. ¿Qué ocurre?... Diríase que masas de agua caen en él en cascada, que olas gigantescas chocan allí con violencia... Sí, es eso mismo, pues volutas de espuma llegan hasta nosotros y nos cubren el salitre.

Luego la calma renace poco a poco... Todo vuelve al silencio... El cielo palidece... Es de día.

25 de mayo.

¡Qué suplicio la lenta revelación de nuestra verdadera situación! Primero no distinguimos más que los alrededores inmediatos, pero el círculo se agranda, se agranda sin cesar, como si nuestra esperanza siempre defraudada hubiera levantado uno tras otro un número infinito de ligeros velos, y es al fin la plena luz, que destruye nuestras últimas ilusiones.

Nuestra situación es de lo más sencillo y puede resumirse en pocas palabras: estamos en una isla. El mar nos rodea por todas partes. Ayer todavía habríamos divisado todo un océano de cimas, de las que varias dominaban la que nosotros ocupamos: esas cimas han desaparecido, mientras que la nuestra, más humilde sin embargo, se ha detenido en su tranquila caída, por razones que permanecerán eternamente desconocidas; en su lugar se extiende una lámina de agua sin límites. Por todos lados no hay más que el mar. Ocupamos el único punto sólido del inmenso círculo descrito por el horizonte.

Basta un golpe de vista para conocer en toda su extensión el islote donde una suerte extraordinaria nos ha deparado refugio. Es de pequeño tamaño, en efecto: mil metros a lo sumo de largo, y quinientos en la otra dimensión. Hacia el Norte, el Oeste y el Sur, su cima, elevada a unos cien metros sobre las olas, las alcanza por una pendiente bastante suave. Al Este, en cambio, el islote termina en un acantilado a pico sobre el océano.

Hacia ese lado sobre todo vuelven nuestros ojos. En esa dirección deberíamos ver montañas escalonadas, y más allá, todo México. ¡Qué cambio en el espacio de una breve noche de primavera! Las montañas han desaparecido, México ha sido engullido. En su lugar, un desierto infinito, el árido desierto del mar.

Nos miramos, aterrados. Encerrados, sin víveres, sin agua, en esta roca estrecha y desnuda, no podemos conservar la menor esperanza. Ferozmente, nos tendemos sobre el suelo y comenzamos a esperar la muerte.

A bordo del Virginia. 4 de junio.

¿Qué ha ocurrido durante los días siguientes? No conservo ningún recuerdo. Es de suponer que finalmente perdí el conocimiento: solo lo recupero a bordo del navío que nos ha recogido. Solo entonces me entero de que hemos permanecido diez días enteros en el islote y de que dos de nosotros, Williamson y Rowling, han muerto allí de sed y de hambre. De los quince

seres vivos que albergaba mi villa en el momento de la catástrofe, solo quedan nueve: mi hijo Jean y mi pupila Hélène, mi mecánico Simonat, inconsolable por la pérdida de su máquina, Anna Raleigh y sus dos hijas, los doctores Bathurst y Moreno, y yo finalmente, yo, que me apresuro a redactar estas líneas para instrucción de las razas futuras, si es que deben nacer.

El Virginia, que nos lleva, es un barco mixto —a vapor y a velas— de unas dos mil toneladas, dedicado al transporte de mercancías. Es un navío bastante viejo, de escasa velocidad. El capitán Morris tiene veinte hombres a sus órdenes. El capitán y la tripulación son ingleses.

El Virginia zarpó de Melbourne en lastre hace algo más de un mes, con destino a Rosario. Ningún incidente señaló su viaje, salvo, en la noche del 24 al 25 de mayo, una serie de olas de fondo de altura prodigiosa, pero de longitud proporcionada, lo que las hizo inofensivas. Por singulares que fueran, esas olas no podían hacer prever al capitán la catástrofe que se producía en ese mismo instante. Por eso le sorprendió mucho no ver más que mar donde esperaba encontrar Rosario y el litoral mexicano. De ese litoral no subsistía más que un islote. Un bote del Virginia abordó ese islote, en el que se descubrieron once cuerpos inanimados. Dos no eran ya más que cadáveres; los otros nueve fueron embarcados. Así fuimos salvados.

*
**

En tierra. — Enero o febrero.

Un intervalo de ocho meses separa las últimas líneas que preceden de las primeras que siguen. Doy fecha de enero o febrero a estas, en la imposibilidad en que me encuentro de ser más preciso, pues ya no tengo una noción exacta del tiempo.

Esos ocho meses constituyen el período más atroz de nuestras pruebas, aquel en que, por grados cruelmente dosificados, hemos conocido toda nuestra desgracia...

Después de recogerlos, el Virginia continuó su ruta hacia el Este a toda máquina. Cuando volví en mí, el islote donde habíamos estado a punto de morir estaba hacía mucho tiempo bajo el horizonte. Como indicó el punto que tomó el capitán por un cielo sin nubes, navegábamos entonces exactamente donde debería haber estado México. Pero de México no quedaba rastro alguno, como tampoco se había encontrado, durante mi desmayo, el de

las montañas del centro, ni ahora se distinguía el de ninguna tierra, por lejos que alcanzara la vista: en todas direcciones no había más que el infinito del mar.

Había en esa constatación algo verdaderamente enloquecedor. Sentíamos la razón a punto de escapársenos. ¡Cómo! ¡Todo México engullido!... Nos intercambiábamos miradas aterradas, preguntándonos hasta dónde se habrían extendido los estragos de la espantosa catástrofe...

El capitán quiso salir de dudas. Modificando su ruta, puso el rumbo al Norte: si México ya no existía, no era admisible que ocurriera lo mismo con todo el continente americano.

Y sin embargo, era así. Remontamos inútilmente hacia el Norte durante doce días sin encontrar tierra, y tampoco la encontramos después de virar en redondo y dirigirnos hacia el Sur durante casi un mes. Por paradójico que nos pareciera, tuvimos que rendirnos a la evidencia: sí, la totalidad del continente americano se había abismado bajo las aguas.

¿Acaso no habíamos sido salvados más que para conocer una segunda vez las angustias de la agonía? En verdad teníamos motivos para temerlo. Sin hablar de los víveres, que se acabarían tarde o temprano, un peligro apremiante nos amenazaba: ¿qué sería de nosotros cuando el agotamiento del carbón dejara la máquina inmóvil? Así cesa de latir el corazón de un animal exangüe. Por eso, el 14 de julio —nos encontrábamos entonces aproximadamente sobre el antiguo emplazamiento de Buenos Aires— el capitán Morris dejó apagar los fuegos y se puso a vela. Hecho esto, reunió a todo el personal del Virginia, tripulación y pasajeros, y habiéndoles expuesto en pocas palabras la situación, nos rogó que lo reflexionáramos maduramente y propusiéramos la solución que prefiriéramos en el consejo que se celebraría al día siguiente.

No sé si alguno de mis compañeros de desgracia habría dado con un expediente más o menos ingenioso. Por mi parte, vacilaba, lo confieso, muy incierto del mejor partido que tomar, cuando una tempestad que se levantó en la noche zanjó la cuestión: tuvimos que huir hacia el Oeste, arrastrados por un viento desencadenado, en todo momento a punto de ser engullidos por un mar furioso.

El huracán duró treinta y cinco días, sin un minuto de interrupción ni siquiera de alivio. Comenzábamos a desesperar de que terminara alguna vez, cuando, el 19 de agosto, el buen tiempo volvió con la misma brusquedad con que había cesado. El capitán aprovechó para hacer el punto: el cálculo le dio 40° de latitud Norte y 114° de longitud Este. ¡Eran las coordenadas de Pekín!

Habíamos pasado, pues, sobre la Polinesia y quizá sobre Australia sin ni siquiera darnos cuenta, y donde ahora navegábamos se extendía antaño la capital de un imperio de cuatrocientos millones de almas.

¿Había tenido Asia la misma suerte que América?

Pronto nos convencimos de ello. El Virginia, continuando su ruta con rumbo al suroeste, llegó a la altura del Tíbet y luego a la del Himalaya. Aquí deberían haberse alzado las más altas cimas del globo. Pues bien, en todas direcciones nada emergía de la superficie del océano. Era de creer que no existía ya sobre la tierra ningún otro punto sólido que el islote que nos había salvado, que éramos los únicos supervivientes de la catástrofe, los últimos habitantes de un mundo sepultado bajo el ondulante sudario del mar.

Si era así, no tardaríamos en perecer a nuestra vez. A pesar de un severo racionamiento, los víveres del barco se iban agotando, en efecto, y en ese caso debíamos perder toda esperanza de renovarlos...

Abrevia el relato de esa enloquecedora navegación. Si, para contarla en detalle, intentara revivirla día a día, el recuerdo me volvería loco. Por extraños y terribles que sean los sucesos que la han precedido y seguido, por lamentable que me parezca el futuro —un futuro que no veré—, fue durante esa navegación infernal cuando conocimos el máximo del espanto. ¡Oh, esa carrera eterna sobre un mar sin fin! Esperar todos los días tocar tierra en algún lugar y ver siempre retroceder el término del viaje. Vivir inclinados sobre mapas donde los hombres habían grabado la línea sinuosa de las costas, y constatar que nada, absolutamente nada, existe ya de esos lugares que creyeron eternos. Decirse que la tierra palpitaba de vidas innumerables, que millones de hombres y miles de millones de animales la recorrían en todos sentidos o surcaban su atmósfera, y que todo ha muerto a la vez, que todas esas vidas se han extinguido juntas como una pequeña llama al soplo del viento. Buscarse por todas partes semejantes y buscarlos en vano. Adquirir poco a poco la certeza de que a su alrededor no existe nada vivo, e ir toman-

do gradualmente conciencia de la propia soledad en medio de un universo implacable...

¿He encontrado las palabras adecuadas para expresar nuestra angustia? No lo sé. En ninguna lengua deben existir palabras equivalentes para una situación sin precedente.

Después de reconocer el mar donde antaño se extendía la península india, remontamos al Norte durante diez días y pusimos luego el rumbo al Oeste. Sin que nuestra condición cambiara lo más mínimo, cruzamos la cordillera de los Urales convertida en montañas submarinas, y navegamos sobre lo que había sido Europa. Luego descendimos hacia el Sur hasta veinte grados más allá del Ecuador; después, fatigados de nuestra búsqueda inútil, retomamos la ruta al Norte y atravesamos, hasta pasados los Pirineos, una extensión de agua que cubría África y España. En verdad, comenzábamos a acostumbrarnos a nuestro espanto. A medida que avanzábamos, trazábamos nuestra ruta en los mapas y decíamos: «Aquí era Moscú... Varsovia... Berlín... Viena... Roma... Túnez... Tombuctú... Saint-Louis... Orán... Madrid...», pero con una indiferencia creciente, y, ayudados por la costumbre, llegábamos a pronunciar sin emoción esas palabras, en realidad tan trágicas.

Sin embargo, yo al menos no había agotado mi capacidad de sufrimiento. Me di cuenta de ello el día —era hacia el 11 de diciembre— en que el capitán Morris me dijo: «Aquí era París...» A esas palabras, creí que me arrancaban el alma. ¡Que el universo entero estuviera engullido, pase! Pero Francia —¡mi Francia!— y París, que la simbolizaba...

—AQUÍ ERA PARÍS...

A mi lado escuché algo parecido a un sollozo. Me di la vuelta: era Simonat que lloraba.

Durante cuatro días más proseguimos nuestra ruta hacia el Norte; luego, llegados a la altura de Edimburgo, se bajó hacia el suroeste, en busca de Irlanda; después se puso el rumbo al Este... En realidad, errábamos al azar, pues no había más razón para ir en una dirección que en otra...

Se pasó sobre Londres, cuya tumba líquida fue saludada por toda la tripulación. Cinco días después, estábamos a la altura de Danzig, cuando el capitán Morris hizo virar en redondo y ordenó gobernar al suroeste. El tim-

onel obedeció pasivamente. ¿Qué más le daba? ¿No sería lo mismo en todas partes?...

Fue el noveno día de navegación a ese rumbo cuando comimos nuestro último trozo de galleta.

Mientras nos mirábamos con ojos extraviados, el capitán Morris ordenó de repente reencender los fuegos. ¿A qué pensamiento obedecía? Aún me lo pregunto; pero la orden fue cumplida: la velocidad del navío se aceleró...

Dos días más tarde, ya sufrimos cruelmente de hambre. Al día siguiente, casi todos se negaron obstinadamente a levantarse; solo el capitán, Simonat, algunos hombres de la tripulación y yo tuvimos la energía de asegurar la dirección del barco.

Al día siguiente, quinto día de ayuno, el número de timoneles y maquinistas voluntarios disminuyó aún más. En veinticuatro horas, nadie tendría ya fuerzas para mantenerse de pie.

Navegábamos entonces desde hacía más de siete meses. Desde hacía más de siete meses surcábamos el mar en todos sentidos. Debíamos de estar, creo, el 8 de enero. Digo «creo», en la imposibilidad en que me encuentro de ser más preciso, pues el calendario había perdido para nosotros buena parte de su rigor.

Pues bien, fue ese día, mientras yo sostenía el timón y consagraba a mantener la línea de fe toda mi atención desfalleciente, cuando me pareció divisar algo al Oeste. Creyendo ser víctima de un error, abrí los ojos de par en par...

No, no me había equivocado.

Lancé un verdadero rugido y, aferrándome al timón, grité con voz fuerte:

— ¡Tierra a estribor, por la proa!

¡Qué efecto mágico tuvieron esas palabras! Todos los moribundos resucitaron a la vez, y sus rostros demacrados asomaron sobre la borda de estribor.

— Es tierra en efecto — dijo el capitán Morris tras examinar la nube que emergía en el horizonte.

Media hora más tarde, era imposible conservar la menor duda. Era tierra la que encontrábamos en pleno océano Atlántico, tras haberla buscado en vano en toda la superficie de los antiguos continentes.

Hacia las tres de la tarde, el detalle del litoral que nos cortaba el paso se hizo perceptible, y sentimos renacer la desesperación. Es que en verdad ese litoral no se parecía a ningún otro, y ninguno de nosotros recordaba haber visto nunca uno de tan absoluta, de tan perfecta salvajez.

En la tierra, tal como la habitábamos antes del desastre, el verde era un color muy abundante. Ninguno de nosotros conocía costa tan desheredada, país tan árido, que no hubiera en él algún arbusto, cuando menos alguna mata de aulaga, o simplemente rastros de líquenes o de musgos. Aquí nada de eso. Solo se distinguía un alto acantilado negruzco al pie del cual yacía un caos de rocas, sin una planta, sin una sola brizna de hierba. Era la desolación en lo que puede tener de más total, de más absoluto.

Durante dos días bordeamos ese acantilado abrupto sin descubrir en él la menor fisura. Solo hacia el anochecer del segundo encontramos una vasta bahía, bien abrigada de todos los vientos del mar abierto, en cuyo fondo dejamos caer el ancla.

Tras ganar tierra en los botes, nuestro primer cuidado fue recoger alimento en la playa. Esta estaba cubierta de cientos de tortugas y de millones de moluscos. En las hendiduras de los arrecifes se veían cangrejos, langostas y bogavantes en cantidad fabulosa, además de innumerables peces. Era evidente que ese mar tan ricamente poblado bastaría, a falta de otros recursos, para asegurar nuestra subsistencia durante un tiempo ilimitado.

Una vez repuestos, una hendidura del acantilado nos permitió alcanzar el plateau, donde descubrimos un amplio espacio. El aspecto de la orilla no nos había engañado: en todas partes y en todas direcciones no eran más que rocas áridas cubiertas de algas y de fucus generalmente secos, sin la menor brizna de hierba, sin nada vivo ni sobre la tierra ni en el cielo. De trecho en trecho, pequeños lagos, estanques más bien, brillaban a los rayos del sol. Queriendo saciar la sed, comprobamos que el agua era salada.

No nos sorprendió, a decir verdad. El hecho confirmaba lo que habíamos supuesto de entrada, a saber, que ese continente desconocido era de ayer mismo y que había emergido de golpe de las profundidades del mar. Eso

explicaba su aridez, al igual que su perfecta soledad. Eso explicaba también esa espesa capa de cieno uniformemente extendida, que, a causa de la evaporación, comenzaba a resquebrajarse y a reducirse a polvo...

Al día siguiente, al mediodía, el punto dio 17° 20' de latitud Norte y 23° 55' de longitud Oeste. Al trasladarlo al mapa, pudimos ver que se encontraba en pleno mar, aproximadamente a la altura de Cabo Verde. Y sin embargo, tierra al Oeste, mar al Este, se extendían ahora a pérdida de vista.

Por rudo e inhóspito que fuera el continente en que habíamos puesto pie, nos era forzoso contentarnos con él. Por eso el desembarco del Virginia fue emprendido sin más dilación. Se subió al plateau todo lo que contenía, sin selección. Previamente se había fondeado sólidamente el barco con cuatro anclas, en quince brazas de fondo. En esa bahía tranquila no corría riesgo alguno, y podíamos abandonarlo a sí mismo sin inconveniente.

En cuanto el desembarco estuvo terminado, comenzó nuestra nueva vida. En primer lugar, convenía...

✱

Llegado a este punto de su traducción, el zartog Sofr tuvo que interrumpirse. El manuscrito tenía en ese lugar una primera laguna, probablemente muy importante a juzgar por la cantidad de páginas afectadas, laguna seguida de varias otras aún más considerables, a juzgar por lo que era posible estimar. Sin duda, gran número de hojas habían sido alcanzadas por la humedad, pese a la protección del estuche: en definitiva, no subsistían más que fragmentos más o menos extensos, cuyo contexto había quedado destruido para siempre. Se sucedían en este orden:

✱

... empezamos a aclimatarnos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que desembarcamos en esta costa? Ya no lo sé. Se lo he preguntado al doctor Moreno, que lleva un calendario de los días transcurridos. Me ha dicho: «Seis meses...», añadiendo: «a unos días», pues teme haberse equivocado.

¡Ya estamos en esto! Solo han hecho falta seis meses para que ya no este-
mos muy seguros de haber medido el tiempo con exactitud. ¡Promete!

Nuestra negligencia no tiene, por lo demás, nada de sorprendente. Empleamos toda nuestra atención, toda nuestra actividad, en conservar la vida. Alimentarse es un problema cuya solución exige el día entero. ¿Qué comemos? Peces, cuando los encontramos, lo que cada día se vuelve menos fácil, pues nuestra persecución incesante los ahuyenta. También comemos huevos de tortuga y ciertas algas comestibles. Por la noche, estamos hartos, pero extenuados, y no pensamos más que en dormir.

Se han improvisado tiendas con las lonas del Virginia. Estimo que habrá que construir en breve un refugio más serio.

A veces cazamos un pájaro: la atmósfera no está tan desierta como supusimos al principio; una decena de especies conocidas están representadas en este continente nuevo. Son exclusivamente pájaros de largo alcance: golondrinas, albatros, zapateros y algunos otros. Por lo visto no encuentran alimento en esta tierra sin vegetación, pues no cesan de revolotear alrededor de nuestro campamento, al acecho de los restos de nuestras míseras comidas. A veces recogemos uno al que el hambre ha matado, lo que ahorra nuestra pólvora y nuestras escopetas.

Por fortuna, hay posibilidades de que la situación mejore. Hemos descubierto un saco de trigo en la bodega del Virginia, y hemos sembrado la mitad. Será una gran mejora cuando ese trigo haya crecido. ¿Pero germinará? El suelo está recubierto de una espesa capa de aluvión, cieno arenoso enriquecido por la descomposición de las algas. Por mediocre que sea su calidad, es humus de todas formas. Cuando desembarcamos estaba impregnado de sal; pero, desde entonces, lluvias diluvianas han lavado abundantemente su superficie, ya que todas las depresiones están ahora llenas de agua dulce.

Sin embargo la capa aluvional solo está desalada en una capa muy superficial: los riachuelos, los ríos incluso, que empiezan a formarse, son todos muy salobres, y eso demuestra que sigue estando saturada en profundidad.

Para sembrar el trigo y conservar la otra mitad en reserva, casi hubo que pelear: una parte de la tripulación del Virginia quería hacer pan con él en seguida. Nos vimos obligados a...



... que teníamos a bordo del Virginia. Esas dos parejas de conejos se escaparon al interior, y no se les ha vuelto a ver. Hay que creer que han en-

contrado qué comer. ¿Produciría la tierra, sin que lo supiéramos...?

✱

... hace dos años al menos que estamos aquí. El trigo ha dado admirablemente. Tenemos pan casi a discreción, y nuestros campos ganan siempre en extensión. ¡Pero qué lucha contra los pájaros! Se han multiplicado de manera asombrosa, y alrededor de nuestros cultivos...

✱

A pesar de los fallecimientos que he relatado más arriba, la pequeña tribu que formamos no ha disminuido, al contrario. Mi hijo y mi pupila tienen tres hijos, y cada una de las otras tres parejas otros tantos. Toda esa chiquillería rebosa de salud. Es de creer que la especie humana posee un vigor mayor, una vitalidad más intensa, desde que se ha reducido tanto en número. Pero cuántas causas...

✱

... llevamos aquí diez años, y no sabíamos nada de este continente. Solo lo conocíamos en un radio de algunos kilómetros alrededor del lugar de nuestro desembarco. Fue el doctor Bathurst quien nos hizo avergonzarnos de nuestra desidia: por su iniciativa armamos el Virginia, lo que exigió cerca de seis meses, e hicimos un viaje de exploración.

He aquí que hemos vuelto anteayer. El viaje duró más de lo que pensábamos, porque quisimos que fuera completo.

Hemos circunnavegado el continente que nos sustenta y que, todo nos inclina a creerlo, debe de ser, junto con nuestro islote, el último fragmento sólido existente en la superficie del globo. Sus orillas nos parecieron por todas partes iguales, es decir, muy accidentadas y muy salvajes.

Nuestra navegación fue interrumpida por varias excursiones al interior: esperábamos, en particular, encontrar rastro de las Azores y de Madeira, situadas, antes de la catástrofe, en el océano Atlántico, y que deben, en consecuencia, formar necesariamente parte del continente nuevo. No hemos reconocido el menor vestigio de ellas. Todo lo que hemos podido constatar es que el suelo estaba revuelto y cubierto de una espesa capa de lava, en el emplazamiento de esas islas, que sin duda fueron escenario de violentos fenómenos volcánicos.

Por otro lado, si no hemos descubierto lo que buscábamos, ¿sí hemos descubierto lo que no buscábamos! A medio cubrir por la lava, a la altura de las Azores, se nos aparecieron testimonios de un trabajo humano, pero no del trabajo de los azoreanos, nuestros contemporáneos de ayer. Eran restos de columnas o de cerámica tales que nunca habíamos visto. Tras un examen, el doctor Moreno emitió la idea de que esos restos debían de proceder de la antigua Atlántida, y que la corriente volcánica los habría sacado a la luz.

El doctor Moreno quizá tenga razón. La legendaria Atlántida habría ocupado, en efecto, si alguna vez existió, aproximadamente el lugar del nuevo continente. Sería, en ese caso, una cosa singular la sucesión en los mismos lugares de tres humanidades que no proceden una de otra.

Sea como fuere, confieso que el problema me deja frío: tenemos bastante con el presente sin ocuparnos del pasado.

En el momento en que regresamos a nuestro campamento, nos llamó la atención que, comparados con el resto del país, nuestros alrededores parecen una región favorecida. Eso se debe únicamente a que el color verde, antaño tan abundante en la naturaleza, no es completamente desconocido aquí, mientras que está radicalmente suprimido en el resto del continente. Nunca habíamos hecho esa observación hasta entonces, pero la cosa es innegable. Briznas de hierba, que no existían cuando desembarcamos, brotan ahora en número bastante considerable a nuestro alrededor. No pertenecen, por lo demás, más que a un pequeño número de especies entre las más vulgares, cuyas semillas habrán transportado hasta aquí, sin duda, los pájaros.

No habría que concluir de lo que precede que no hay vegetación fuera de esas pocas especies antiguas. A consecuencia de un trabajo de adaptación de lo más extraño, existe, por el contrario, una vegetación en estado, al menos, de rudimento, de promesa, en todo el continente.

Las plantas marinas de que este estaba cubierto cuando emergió de las olas han muerto, en su mayor parte, a la luz del sol. Algunas, sin embargo, han persistido en los lagos, los estanques y los charcos de agua que el calor ha ido desecando progresivamente. Pero, en esa época, ríos y riachuelos comenzaban a nacer, tanto más propicios a la vida de los fucus y las algas cuanto que el agua era salada. Cuando la superficie y luego la profundidad del suelo quedaron libres de sal, y el agua se volvió dulce, la inmensa may-

oría de esas plantas fue destruida. Un pequeño número de ellas, sin embargo, al poder adaptarse a las nuevas condiciones de vida, prosperaron en el agua dulce como habían prosperado en el agua salada. Pero el fenómeno no se ha detenido ahí: algunas de esas plantas, dotadas de mayor capacidad de acomodación, se han adaptado al pleno aire libre después de haberse adaptado al agua dulce y, primero en las orillas, luego de próximo en próximo, han ganado terreno hacia el interior.

Hemos sorprendido esta transformación en pleno proceso, y hemos podido constatar cuánto se modificaban las formas al mismo tiempo que el funcionamiento fisiológico. Ya algunos tallos se yerguen tímidamente hacia el cielo. Puede preverse que algún día una flora será creada así de la nada, y que se establecerá una ardiente lucha entre las especies nuevas y las procedentes del antiguo orden de cosas.

Lo que ocurre con la flora ocurre también con la fauna. En la vecindad de los cursos de agua se ven antiguos animales marinos, moluscos y crustáceos en su mayoría, en vías de volverse terrestres. El aire está surcado por peces voladores, mucho más pájaros que peces, pues sus aletas han crecido de manera desmesurada y su cola curvada les permite...

✧

El último fragmento contenía íntegro el final del manuscrito.

✧

... todos viejos. El capitán Morris ha muerto. El doctor Bathurst tiene sesenta y cinco años; el doctor Moreno, sesenta; yo, sesenta y ocho. Todos habremos terminado de vivir pronto. Antes, sin embargo, cumpliremos la tarea resuelta, y, en cuanto esté en nuestro poder, vendremos en auxilio de las generaciones futuras en la lucha que las aguarda.

¿Pero verán la luz esas generaciones del porvenir?

Me inclino a responder que sí si solo tengo en cuenta la multiplicación de mis semejantes: los hijos pululan, y, por otro lado, bajo ese clima sano, en ese país donde los animales feroces son desconocidos, grande es la longevidad. Nuestra colonia ha triplicado su importancia.

Por el contrario, me inclino a responder que no si considero la profunda decadencia intelectual de mis compañeros de miseria.

Nuestro pequeño grupo de náufragos estaba, sin embargo, en condiciones favorables para sacar partido del saber humano: comprendía un hombre de energía particular —el capitán Morris, hoy fallecido—, dos hombres más cultos de lo habitual —mi hijo y yo—, y dos auténticos sabios —el doctor Bathurst y el doctor Moreno—. Con tales elementos, se habría podido hacer algo. No se ha hecho nada. La conservación de nuestra vida material ha sido, desde el origen, y sigue siendo nuestro único cuidado. Como al principio, empleamos nuestro tiempo en buscar alimento, y por la noche caemos, agotados, en un pesado sueño.

Es, ay, demasiado cierto que la humanidad, de la que somos los únicos representantes, está en vías de rápida regresión y tiende a aproximarse a la bestia. En los marineros del Virginia, gente ya inculta antaño, los caracteres de la animalidad se han marcado más; mi hijo y yo hemos olvidado lo que sabíamos; el doctor Bathurst y el doctor Moreno también han dejado su cerebro en barbecho. Puede decirse que nuestra vida cerebral está abolida.

¡Cuánto es de agradecer que hayamos realizado, hace ya muchos años, el periplo de este continente! Hoy ya no tendríamos el mismo valor... Y, por lo demás, el capitán Morris ha muerto, que dirigía la expedición, y muerta también de vejez, el Virginia que nos llevaba.

Al principio de nuestra estancia, algunos de nosotros habían emprendido la construcción de casas. Esas construcciones inacabadas se caen ahora en ruinas. Todos dormimos en el suelo, en todas las estaciones.

Hace mucho que no queda nada de las ropas que nos cubrían. Durante algunos años se ingenió uno para reemplazarlas con algas tejidas de una manera al principio ingeniosa, luego más tosca. Luego se cansó uno de ese esfuerzo, que la suavidad del clima hace superfluo: vivimos desnudos, como aquellos a quienes llamábamos salvajes.

Comer, comer, ese es nuestro perpetuo objetivo, nuestra preocupación exclusiva.

Sin embargo, subsisten todavía algunos restos de nuestras antiguas ideas y de nuestros antiguos sentimientos. Mi hijo Jean, hombre maduro ahora y abuelo, no ha perdido todo sentimiento afectivo, y mi ex mecánico, Modeste Simonat, conserva un vago recuerdo de que yo fui antaño el señor.

Pero con ellos, con nosotros, esas leves huellas de los hombres que fuimos —pues ya no somos hombres, en verdad— van a desaparecer para siempre. Los del futuro, nacidos aquí, no habrán conocido nunca otra existencia. La humanidad quedará reducida a esos adultos —los tengo ante mí mientras escribo— que no saben leer ni contar, apenas hablar; a esos niños de dientes agudos, que no parecen más que un vientre insaciable. Luego, después de estos, habrá otros adultos y otros niños, y luego otros adultos y otros niños todavía, siempre más próximos al animal, siempre más lejos de sus antepasados pensantes.

Me parece verlos, a esos hombres futuros, olvidados del lenguaje articulado, la inteligencia apagada, el cuerpo cubierto de pelos ásperos, errando por ese yermo sombrío...

¡Pues bien! Queremos intentar que no sea así. Queremos hacer todo lo que esté en nuestro poder para que las conquistas de la humanidad que fuimos no se pierdan para siempre. El doctor Moreno, el doctor Bathurst y yo despertaremos nuestro cerebro aletargado, lo obligaremos a recordar lo que ha sabido. Repartiéndonos el trabajo, en este papel y con esta tinta procedentes del Virginia, enumeraremos todo lo que conocemos en las diversas categorías de la ciencia, para que más tarde los hombres, si perduran, y si, tras un período de salvajismo más o menos largo, sienten renacer su sed de luz, encuentren este resumen de lo que han hecho sus predecesores. ¡Ojalá bendigan entonces la memoria de quienes se afanaron a todo riesgo por abreviar el doloroso camino de hermanos a los que no verán!



Al umbral de la muerte.

Hace ahora unos quince años que se escribieron las líneas que preceden. El doctor Bathurst y el doctor Moreno ya no están. De todos los que desembarcaron aquí, yo, uno de los más viejos, soy casi el único que queda. Pero la muerte va a llevarme a su vez. La siento subir desde mis pies helados hasta mi corazón que se detiene.

Nuestro trabajo está terminado. He confiado los manuscritos que contienen el resumen de la ciencia humana a una caja de hierro desembarcada del Virginia, que he hundido profundamente en el suelo. Junto a ella voy a enterrar estas pocas páginas enrolladas en un estuche de aluminio.

¿Encontrará alguien algún día el depósito confiado a la tierra? ¿Lo buscará siquiera?...

Es cosa del destino. ¡A Dios lo encomiendo!...

*
**

A medida que el zartog Sofr traducía ese extraño documento, una especie de espanto iba apoderándose de su alma.

¡Cómo! ¿La raza de los Andart'-Iten-Schu descendía de esos hombres que, tras errar durante largos meses por el desierto de los océanos, habían venido a encallar en ese punto de la orilla donde ahora se alzaba Basidra? Así pues, esas míseras criaturas habían formado parte de una humanidad gloriosa, en comparación con la cual la humanidad actual apenas balbuceaba. Y sin embargo, para que fueran abolidos para siempre la ciencia y hasta el recuerdo de esos pueblos tan poderosos, ¿qué había hecho falta? Menos que nada: que un imperceptible estremecimiento recorriera la corteza del globo.

¡Qué irreparable desgracia que los manuscritos señalados por el documento hubieran sido destruidos con la caja de hierro que los contenía! Pero, por grande que fuera esa desgracia, era imposible conservar la menor esperanza, ya que los obreros, para cavar los cimientos, habían removido el suelo en todos sentidos. Sin duda alguna, el hierro había sido corroído por el tiempo, mientras que el estuche de aluminio resistía victoriosamente.

Por lo demás, con eso bastaba para que el optimismo de Sofr quedara irremediadamente trastornado. Si el manuscrito no ofrecía ningún detalle técnico, abundaba en indicaciones generales y demostraba de manera perentoria que la humanidad había avanzado antaño más allá en el camino de la verdad de lo que lo había hecho desde entonces. Todo estaba allí, en ese relato: las nociones que poseía Sofr, y otras que ni siquiera habría osado imaginar, hasta la explicación de ese nombre de Hedom, sobre el que tantas vanas polémicas se habían suscitado. Hedom era la deformación de Edem, él mismo deformación de Adán, el cual Adán quizá no era más que la deformación de alguna otra palabra más antigua.

Hedom, Edem, Adán: es el símbolo perpetuo del primer hombre, y también una explicación de su llegada a la tierra. Sofr había tenido, pues, razón al negar a ese antepasado, cuya realidad quedaba establecida de manera per-

entoría por el manuscrito, y era el pueblo quien había tenido razón al darse antepasados semejantes a él mismo. Pero tampoco en eso, como en todo lo demás, habían inventado nada los Andart'-Iten-Schu. Se habían contentado con repetir lo que otros habían dicho antes que ellos.

Y quizá, después de todo, los contemporáneos del redactor de ese relato tampoco habían inventado más. Quizá tampoco ellos habían hecho más que rehacer el camino recorrido por otras humanidades venidas antes que ellos a la tierra. ¿Acaso el documento no mencionaba a un pueblo al que llamaba Atlantes? De esos atlantes, sin duda, era de quienes las excavaciones de Sofr habían permitido descubrir algunos vestigios casi impalpables por debajo del limo marino. ¿A qué conocimiento de la verdad había llegado esa antigua nación cuando la invasión del océano la barrió de la tierra?

Fuera cual fuere, nada subsistía de su obra tras la catástrofe, y el hombre había tenido que reemprender desde abajo del camino su ascensión hacia la luz.

Quizá ocurriera lo mismo con los Andart'-Iten-Schu. Quizá ocurriera igual después de ellos, hasta el día...

Pero ¿llegaría algún día en que quedara saciado el insaciable deseo del hombre? ¿Llegaría algún día en que este, habiendo terminado de escalar la pendiente, pudiera descansar en la cima por fin conquistada?...

Así meditaba el zartog Sofr, inclinado sobre el venerable manuscrito.

Por ese relato de ultratumba, imaginaba el terrible drama que se desarrollaba perpetuamente en el universo, y su corazón estaba lleno de piedad. Sangrando por los males innumerables que cuanto vivió había sufrido antes que él, doblado bajo el peso de esos inútiles esfuerzos acumulados en el infinito de los tiempos, el zartog Sofr-Aï-Sr adquiría, lenta, dolorosamente, la íntima convicción del eterno recomenzar de las cosas.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB